

Sociología e Ideología: Algunos problemas en la orientación de la formación de sociólogos en América Latina *

JORGE GRACIARENA

1. INTRODUCCIÓN

Cuando se examinan todas las orientaciones posibles que se pueden seguir en la enseñanza de una disciplina o de una carrera cualquiera se advierte, en seguida, que estas alternativas son múltiples y que resolver sobre ellas es un arduo problema que implica siempre un juicio de valor. Éste es también el problema de la sociología pues hay muchas formas posibles de orientar su enseñanza y el significado de cada una de ellas sobre la orientación profesional del sociólogo será indudablemente diferente. Los aspectos de la sociología que pueden variar son muchos y algunos revisten verdadera importancia, como son, la imagen de la sociedad que se va a proyectar, los temas que recibirán más énfasis, la medida en que se introducirán temas más especializados o si, al contrario, los temas quedarán circunscritos al terreno de la "sociología general", el lugar que tendrán las técnicas de investigación sociológica, el tipo de técnicas que recibirán más atención, la relación con los problemas concretos de la sociedad, la vinculación con técnicas de acción, etcétera.

De manera que la primera pregunta que cabe hacerse es la siguiente: ¿qué orientación corresponde asignarle a la sociología en la situación actual de los países de América Latina? Esta pregunta sin duda sugiere otras de no menor importancia: ¿Qué dimensiones será necesario tomar en cuenta para poder darle una base objetiva a la resolución de este problema de orientación? ¿Cuáles son los aspectos de la sociología y de la sociedad que es necesario tomar en consideración? ¿Este problema de las orientaciones debe tener una resolución uniforme o, al contrario, las orientaciones deberán ser variadas y flexibles para adecuarse a los distintos niveles de formación y a los diversos contextos de necesidades?

* Este trabajo refleja sólo los puntos de vista personales del autor. Una versión preliminar del mismo fue presentada al II Congreso Colombiano de Sociología, que tuvo lugar en agosto de 1967, en Bogotá.

Lo que sigue es una tentativa de plantear la discusión de este problema de una manera exploratoria, considerando principalmente algunos de sus aspectos más destacados y sin eludir tampoco algunos problemas controversiales. Para concentrar el tema, se tendrá en cuenta solamente la orientación de la sociología destinada a la formación de sociólogos en un nivel avanzado y su profesionalización; en cambio, no se tendrá en cuenta la sociología que se enseña en carreras no sociológicas, lo que entraña algunos problemas especiales que aquí no corresponden.

El primero de los problemas que cabe plantear es el de los aspectos o dimensiones que habrá que tomar en consideración para examinar las alternativas de orientación que es posible seguir en el desarrollo de la enseñanza de la sociología. Por lo tanto, cabe distinguir:

1. Los contenidos de la sociología como saber y sus consecuencias en términos de acción. La sociología es a la vez un sistema cognitivo y un sistema de acción, y estos dos sistemas se influyen continua y recíprocamente. Cada estilo sociológico se caracteriza por ser una síntesis particular de conocimiento y acción.

2. Las necesidades sociales que son determinantes en la orientación de la sociología son diversas y pueden ser descritas y evaluadas en varios contextos y niveles. El primero y el más global es el del desarrollo de la sociedad; el hecho de que una sociedad sea desarrollada o subdesarrollada, el monto de conflictos no resueltos que existen en su seno, el que sea una nación autónoma o dependiente, son factores determinantes de un gran peso en la orientación de la sociología. El segundo está centrado en el mercado de trabajo y en la profesionalización del sociólogo. Este nivel, es obvio, está penetrado por el anterior ya que el tipo de profesionalización existente dependerá en buena medida del grado de desarrollo alcanzado, del estilo político bajo el que se haya procesado y de la autonomía o dependencia nacional.

2. LOS ESTILOS DE LA SOCIOLOGÍA Y SUS CONSECUENCIAS EN TÉRMINOS DE ACCIÓN

Si se examinan los contenidos de la sociología como saber en lo que tiene particularmente que ver con los enfoques o perspectivas desde los que asume sus objetos intelectuales, es posible llegar rápidamente a una discriminación dicotómica, que puede tener alguna utilidad para un planteo inicial del problema. Una de estas dos formas extremas de la sociología, que será llamada "*pura*" o "*analítica*" se caracteriza por la búsqueda del conocimiento, por el conocimiento mismo. En otras palabras, se trata de una sociología en la que —al menos manifiestamente—

no hay necesidades de acción que sean determinantes en la elección de sus temas. La orientación hacia la acción es idealmente nula. Los problemas intelectuales que asume están más bien determinados por razones de simple lógica, sus temas al parecer, son escogidos arbitrariamente por el investigador, y están definidos a un nivel tal de abstracción que sus marcos de referencia generales corresponden más a otros modelos teóricos más amplios que a determinantes de acción. La utilización de referencias concretas toma predominantemente el carácter de una ilustración del modelo o teoría general, o, al contrario, puede tomar la forma de una microsociología de laboratorio que trata con problemas y dimensiones empíricas irrelevantes para el conocimiento de los grandes procesos de la realidad social. De manera que los problemas que trata son más bien problemas ideales que derivan principalmente de la teoría misma y el tratamiento que reciben es "formal". La preocupación por sus consecuencias de acción es mínima. Los temas de los que se ocupa la sociología son "partes" integrantes de la sociología misma más bien que de la sociedad. Algunos de estos temas —los más importantes— son puras construcciones conceptuales, como son, *status-roles*, grupos, instituciones, estratificación, etcétera, y no "problemas sociales" reales. La "realidad" de esos conceptos es más materia de convención teórica que de prueba empírica. Ésta es la tendencia aparentemente en la sociología de los Estados Unidos, particularmente, en lo que concierne a investigación y, más aún, es el "modelo de exportación" de la sociología para uso de los países subdesarrollados.¹

Un estilo distinto, muy contrastado respecto del anterior, es el que se puede llamar de la sociología *de problemas*. Este estilo elabora sus problemas a partir de algunas categorías teóricas generales, pero lo que lo destaca es la preocupación por los problemas concretos de la sociedad. La necesidad de orientar el conocimiento hacia la acción es aquí descollante y puede tomar la vía de la formulación ideológica o de la acción práctica. Su temática dominante es el cambio social y, más específicamente, el desarrollo. Este tipo de sociología toma en consideración problemas centrales para el desarrollo, como son, urbanización e industrialización, movilización, participación y marginalidad; determinantes sociales del desarrollo-subdesarrollo, el problema de la dependencia, etcétera. En general, este estilo es menos "conservador" y está más "comprometido" con la acción de cambio que el anterior. Por eso la motivación dominante es aquí mucho más la acción que el conocimiento "puro". Éste es el estilo que, por su naturaleza, tiende a predominar en las sociedades subdesarrolladas y que se impone, más bien, a partir de las condiciones traumáticas de su existencia.

Estos dos estilos, que con deliberación han sido exageradamente con-

trastados, significan no sólo dos maneras muy distintas de definir y asumir los objetos sociológicos sino que, también, reflejan dos orientaciones pedagógicas diferentes en cuanto a la formación y profesionalización del sociólogo. En la medida en que ambos estilos sociológicos están determinados por diversos conjuntos de necesidades sociales, que difieren sensiblemente en las situaciones de desarrollo y subdesarrollo, los tipos de formación profesionalizada a que darán lugar serán notablemente diferentes.

El contraste anterior entre los estilos sociológicos “puro” y “proble-mático”, tiene que ver también con algunas características de la recepción de la sociología elaborada en los países desarrollados. Germani² ha señalado varias etapas en la recepción de la sociología en América Latina, que ha reflejado una variada selectividad de problemas y orientaciones. La apertura —muy necesaria y justificable por cierto— hacia los desarrollos recientes de la sociología científica, norteamericana y europea, que ha comenzado a tener un auge notable en América Latina en la última década, ha planteado algunos problemas sobre los cuales no existe todavía una conciencia generalizada.

En primer lugar, me refiero aquí a la congruencia de las teorías de la sociología de los países desarrollados en situaciones de subdesarrollo. Inicialmente, la recepción de la sociología “desarrollada” se hizo de una manera no crítica, se acogió todo lo que ella podía ofrecer y con entusiasmo se replicaron muchas investigaciones, con el supuesto de que las teorías y métodos utilizados por la sociología desarrollada eran de utilidad universal. En algunos casos los resultados que se obtuvieron fueron provechosos, y la teoría y los métodos importados salieron airosos de la prueba. En cambio, otros casos bien pronto mostraron que la transferibilidad de la sociología no podía ser tan acrítica y mecánica como algunos habían pensado. Así fue que hubo necesidad de reformular algunas teorías para acomodarlas a nuevos hechos o, más aún, de buscar nuevas vías teóricas aptas para dar cuenta de problemas inéditos para la sociología desarrollada. Por ejemplo, la tipología “tradicionalismo-modernismo” tan utilizada en la antropología social y en la sociología norteamericana, han resultado un esquema demasiado rígido para explicar algunos importantes problemas del proceso de cambio de América Latina.³ Otras ciencias sociales ofrecen evidencias aún más conclusivas al respecto. Los estudios económicos latinoamericanos han demostrado la peculiaridad de algunos importantes procesos económicos regionales (por ejemplo, los determinantes estructurales, no monetarios, de la inflación).⁴

La sociología, indudablemente, de un menor desarrollo actual que el de la economía, especialmente en materia de investigación, se enfrenta

con problemas similares, que en gran medida derivan de las características y propiedades diferenciadoras del subdesarrollo. No es éste el momento de discutir más a fondo este condicionamiento, pero parece bastante evidente que los problemas intelectuales de la sociología están fuertemente influenciados por los problemas reales del subdesarrollo. Además, las necesidades de acción están aquí dramáticamente planteadas y los requerimientos que vienen de este lado pesan decisivamente en la orientación de las nuevas generaciones de sociólogos latinoamericanos. Los estudiantes universitarios latinoamericanos que escogen la sociología como carrera se muestran muy sensibilizados hacia esta problemática y, en todas partes, sienten vivamente la necesidad no sólo de conocer y pensar sino también de actuar. La orientación que hasta ahora se le ha impreso a la sociología latinoamericana ha respondido mal a estas legítimas y bien orientadas inquietudes: su consecuencia ha sido la adaptación ritualista a las técnicas sociológicas de manejo de información o la búsqueda de una respuesta intelectual más plena y satisfactoria en el terreno de la política activa.

En segundo lugar, la herencia sociológica ha traído consigo una carga ideológica, escamoteada dentro de su neutralismo, que significa un lastre muy pesado del que es preciso desprenderse cuanto antes porque de otra manera hace correr a la sociología el peligro de convertirse en una ciencia de salón. Por supuesto me refiero a la distorsión que ella ha introducido en los problemas sociológicos, a la orientación hacia focos de interés socialmente irrelevantes y, más en general, a la transferencia de una imagen del rol de la sociología que tiene consecuencias esterilizadoras y efectos estupefacientes sobre la sensibilidad existente hacia los problemas latinoamericanos.

Es un hecho histórico que la mayoría de las ciencias, al madurar, han estado fundamentando la elaboración de técnicas de acción que han sido rápidamente utilizadas en la producción económica y en otras actividades sociales. En la sociología, el retraso en esta transición hacia las técnicas de acción es evidente y es la consecuencia, en parte, de la falta de un grado suficiente de maduración. Pero también es la consecuencia de una actitud equivocada, ideológicamente castradora, que proviene principalmente de la preocupación por hacer de la sociología una ciencia aséptica, ajena a la controversia ideológica. El carácter más "problemático" de la sociología en los países subdesarrollados viene entonces del lado de los conflictos peculiares del subdesarrollo que se han terminado imponiendo pese a la suave o a veces enfática recomendación de mantenerla dentro de los límites de la neutralidad valorativa.

La medida en que la sociología pueda dar alguna respuesta a esta problemática, determinará lo que será como ciencia, los grados de legi-

timación social que puede adquirir, así como el tipo de persona que se interesará por ella.

3. EL PROBLEMA DE LOS OBJETIVOS EN LA ENSEÑANZA DE LA SOCIOLOGÍA

La pedagogía sociológica se enfrenta continuamente con dos tipos de exigencias que son también posibles orientaciones ideales, a las cuales debe responder. Ellas son las necesidades de “formación” y de “preparación profesional” Gerth y Mills, siguiendo a Max Weber, han clasificado tres tipos de educación, de los cuales el que obviamente nos interesa es el que corresponde a las sociedades racionales modernas. Este tipo de educación es definido como “el intento de transmitir racionalmente ciertos rasgos al individuo, de entrenarlo en habilidades específicas, invitándolo a pensar y actuar independientemente” En esta definición se destacan tres atributos de la educación racional que coinciden con los fines de la educación universitaria tal como han sido descritos recientemente por Currie. Este autor ha señalado la existencia de la “educación general” o entrenamiento cultural; el “entrenamiento profesional” y el “entrenamiento científico”⁶ Toda educación moderna implica algún grado de combinación de estos aspectos educacionales. Currie señala que cuando “el país es tan pobre y la emergencia nacional es tan grande debería orientarse más la enseñanza de los estudios sociales hacia la formulación de políticas que hacia los aspectos de ciencia pura” Aunque Currie no explica muy extensamente los fundamentos de esta preferencia o prioridad educacional que pone en la formulación de políticas, no cabe duda que lo que lo ha decidido por ella es la urgencia de las necesidades que plantea el subdesarrollo, así como el que la orientación científica y la formulación de políticas sean, a su juicio, focalizaciones incompatibles.

En esta línea, las preocupaciones por las consecuencias de acción son muchas y algunas de ellas han entrado ya en el terreno normativo. En su “plan básico de educación superior”, que el gobierno colombiano ha sometido a consideración de los rectores de las universidades reconocidas por el Estado, se señala “entre los objetivos *como esencial el cambio social*” Luego se agrega que “la educación superior goza de un papel estratégico en este proceso de cambio social y desarrollo económico por ser ella el conjunto de instituciones. más apropiado por naturaleza para analizar objetivamente los problemas del país y proponer soluciones, y *por estar en capacidad natural de formar los gestores principales de tal proceso*”⁸

4. LA ORIENTACIÓN EDUCACIONAL HACIA EL DESARROLLO

Estos objetivos, que han sido propuestos como fines para todo el sistema de educación superior de Colombia, apuntan muy clara y resueltamente hacia el terreno de nuestro “enfoque problemático”. Aunque pueda resultar controversial para algunos que todo el sistema universitario se oriente hacia la promoción del cambio social, como objetivo predominante, pues el peso de la función conservadora de toda universidad suele ser muy fuerte,⁹ el problema de mayor envergadura que queda es el de cómo llevar a cabo ese objetivo. Dejemos momentáneamente de lado el que personas y grupos, que siendo contrarios, puedan estar en condiciones de ofrecer una seria resistencia a la implementación de proyectos de cambio. Lo que aquí nos interesa más es desmenuzar el problema en sus componentes lógicos y reales, es decir, cómo hacer de la educación sociológica un proceso de incorporación a la tensa realidad circundante, un modo de adquirir conocimientos, pero a la vez de tomar responsabilidades como sociólogos frente a los problemas de la sociedad.

Cuando se dice que la educación superior tiene que orientarse hacia la formación de “gestores capaces de orientar el proceso de cambio social y el desarrollo económico”, de hecho se están mencionando varios niveles que parece imperioso discriminar. Y esto porque la estrategia pedagógica diferirá sensiblemente cuando se considere prioritariamente a uno de los niveles en desmedro de los otros. Veamos primero cuáles son esos niveles y, luego, las prioridades educacionales que se pueden establecer en función de ellos.

El primer nivel —y también el más general— es el de *las ideologías* o de la elección de alternativas ideológicas. Es obvio que existen diversas orientaciones valorativas que discrepan fuertemente acerca de cómo reconocer y resolver los problemas del desarrollo. Si bien se está aquí pisando principalmente el terreno de los valores, en la elección de ideologías hay importantes aspectos racionales que no deben ser descuidados por la educación. Estos componentes racionales gravitan fuertemente cuando se examina a las ideologías desde la perspectiva de la evaluación de su eficacia para actuar contra el subdesarrollo. De todos modos, las ideologías pueden ser estudiadas como cualquier otro objeto intelectual y, asimismo, ser evaluadas y confrontadas racionalmente.¹⁰ Este nivel penetra en todos los siguientes porque en gran medida enmarca lo que serán las políticas que se adoptarán y las técnicas que serán utilizadas.

Segundo, cuando se ha resuelto en general sobre las alternativas ideológicas, viene el nivel de *las políticas*. El logro de los objetivos de una

ideología requiere una estrategia, esto es, un conjunto sistemático de decisiones cuyas posibilidades instrumentales sean adecuadas para la obtención simultánea o sucesiva de los objetivos ideológicos. Formular una política implica graduar los objetivos, establecer prioridades, compatibilizar metas y, sobre todo, escoger medios adecuados que hagan viable a la ideología.

Un tercer nivel es de *las técnicas*, esto es, de implementación de la política escogida. Éste es el nivel de los “problemas” y es mucho más técnico que los anteriores, pues se trabaja más con los medios que con los fines. La necesidad de un conocimiento especializado es aquí muy grande puesto que el desarrollo de las “técnicas de implementación o de programación” ha sido notable en las últimas décadas. Éste es el terreno del “experto” o del especialista, cuyas actividades aparecen muy segmentadas y autónomas, claro está, dentro del contexto de los fines perseguidos.

Este último nivel podría ser finalmente dividido en dos partes según el tipo de técnicas de implementación que se utilicen, a saber, *técnicas de análisis o cognitivas* (recolección y evaluación de información) y *técnicas de acción* (desarrollo de la comunidad, programación, campañas de difusión pública o, en general, promoción del cambio social)

5. EL ENFOQUE PROBLEMÁTICO COMO OBJETIVO PEDAGÓGICO

Este esquema clasificatorio no debe ser visto como otra cosa que como un dispositivo para comenzar a establecer las dificultades del problema. Sin duda, que se pueden hacer varias observaciones de peso a los niveles pedagógicos precedentes. Por ejemplo, los límites lógicos entre los niveles son más nítidos que sus límites reales; en efecto, se puede decir que hay componentes ideológicos en los niveles no ideológicos y, también que los requerimientos técnicos penetran de algún modo el nivel ideológico. Pero esta objeción —atinada, por cierto— no resta utilidad al esquema para el uso que se le quiere dar. De lo que se trata aquí es sólo de fijar algunos objetivos más concretos para la educación universitaria que los de la mera promoción del cambio social y del desarrollo.

Veamos este problema más de cerca enfocándolo desde la perspectiva del “enfoque problemático” y la “formulación de políticas”. En primer lugar, en esta perspectiva hay indudablemente aspectos muy amplios que pueden ser adquiridos a través de la “educación general”, o de la “formación”. Como Currie lo señala muy bien, la formulación de políticas implica exigencias de conocimiento, por una parte, y de personalidad, por la otra. Para resolver sobre estos problemas hay que preparar “personas bien formadas con un alto grado de cultura, madurez y buenos

hábitos mentales”; pero para alcanzar este objetivo se requiere además una estrategia educacional que lleve a “interesarse en entrenar dirigentes potenciales y no operadores de máquinas o vendedores”.¹¹ El logro de estas personalidades adecuadas, habida cuenta de la posesión de buenas condiciones genéticas, puede ser obtenido en unas carreras y no en otras. La sociología, junto con la economía y la ciencia política, son las carreras más apropiadas para formar personas aptas para encarar problemas y formular políticas sociales. Estas posibilidades son frustradas cuando la estrategia educacional está puesta en lo fundamental al servicio de “un entrenamiento restringido a la metodología y fuertemente orientado al lado matemático y estadístico”.¹²

En segundo lugar, el enfoque problemático requiere una adecuada preparación técnica e instrumental, de un nivel suficiente como para que, al menos, se pueda establecer anticipadamente y con alguna precisión cuál podrá ser la viabilidad social de la política escogida y de qué manera será posible orientar mejor su programación. Esto, que puede parecer contradictorio a primera vista, es sólo un problema de grados. La orientación general debe predominar sobre la orientación técnica: la posición de esta última debe estar necesariamente subordinada a los requerimientos de la formulación de estrategias de acción. Es claro que éstas no tienen que ser siempre para cimentar el *statu-quo*. Esto depende más bien de la elección de ideologías que bien pueden hacer que las estrategias políticas se orienten contra el *statu-quo*, es decir, que sean políticas de oposición.

Esta prioridad no puede por cierto ser la misma para todas las carreras de una universidad. Un estadístico no tiene por qué ser lanzado al terreno de las políticas porque su preparación no es de la naturaleza de las políticas sino de las técnicas. Pero aquí estamos sólo interesados en la sociología y en este caso, sus objetivos son las políticas y no las técnicas, pese a la importancia crucial que éstas pueden tener en la formación de un sociólogo moderno. Si la Universidad va a formar de alguna manera personas aptas para definir e implementar políticas, la carrera de sociología es uno de los pocos ámbitos donde podrá hacerlo. Pero esto a condición de que se le dé a la sociología una orientación adecuada, ya que —repito— no todos los tipos de sociología son apropiados para definir políticas. Al contrario, parece evidente que algunos de ellos operan como mecanismos de evasión o de ajuste conformista frente a los problemas reales del subdesarrollo y de la dependencia.

Desde el punto de vista del desempeño profesional el terreno de las políticas es muy amplio e incluye muy diversos ambientes ocupacionales. Éstos pueden ser distintas oficinas gubernamentales, direcciones de planeamiento, asesorías sindicales, hasta la participación en equipos inter-

disciplinarios para la realización de estudios regionales. También pueden ser empresas públicas o privadas, universidades y partidos políticos.

6. 7. 8.

6. LOS TIPOS DE FORMACIÓN SOCIOLÓGICA

Este esquema clasificatorio de los niveles puede servir no solamente para discriminar prioridades educacionales sino también *para establecer una serie de etapas en las que el énfasis pedagógico puede no estar puesto en el mismo lado*. Si se aceptan las razones que se han venido dando, no cabe duda que *la formación a nivel de posgrado en sociología debe orientarse principalmente hacia el terreno de las "políticas de desarrollo"*. Pero sería dudoso que esta fuera una meta pedagógica prioritariamente conveniente para los primeros años o para una carrera corta en sociología.

Con buen criterio, en mi opinión, las universidades ponen generalmente un fuerte énfasis técnico en las carreras intermedias o cortas. Y este criterio debe ser asimismo seguido en la estrategia de la formación sociológica. Detrás de esto hay sobre todo una razón de "psicología del aprendizaje", y es que el nivel de las técnicas requiere generalmente menos madurez intelectual que el de las políticas. Claro está que lo que se sugiere no significa de manera alguna descuidar la formación general, que apunta hacia el terreno de las ideologías y de las políticas. Simplemente lo que se propone *es la profesionalización temprana del sociólogo en el nivel de las técnicas, reservando la etapa de profesionalización al nivel de "las políticas" para los estudios de posgrado*.¹³

En general, una solución como la propuesta ha dado lugar a fuertes controversias porque se supone que se crearía con ella una fuerte competencia entre los sociólogos formados en las carreras menores y los que ostenten títulos graduados. Esta crítica se funda más que todo en el bajo grado de estructuración del mercado profesional para sociólogos, lo que hace que tanto la demanda como el desempeño de la actividad sean muy poco específicos. Éste es sólo un riesgo inicial que es inevitable y que se debe correr hasta que los sociólogos y, también, los que demandan sus servicios, sean capaces de establecer las diferencias correspondientes entre los sociólogos que son técnicos, por una parte, y los que son capaces de formular políticas, por la otra. Pero lo más importante es que sean los sociólogos mismos antes que nadie, quienes se den cuenta de las diferencias entre un tipo y otro de sociólogo; también será necesario que adviertan que cuando se están formando sociólogos capaces sólo al nivel de las técnicas, esos mismos sociólogos no pueden ser eficaces al nivel de las políticas. La distancia entre estas dos orientaciones profesionales ha llegado a ser tan grande que habría razones para pensar en que se trata de dos cosas distintas.

Me parece que las diferencias entre ambos tipos de sociólogos no son meramente un problema de teoría o técnica, sino de tipos de teoría y de técnica. Tanto el sociólogo técnico como el formulador de políticas necesitan contar con una sólida formación teórica y con un buen entrenamiento técnico. Lo que distingue principalmente a uno de otro, es más que todo la calidad de la teoría y de la técnica que necesitan. Éste es un punto sobre el que existe un cierto grado de confusión que deriva principalmente del hecho de que algunos sociólogos consideran que hay una sola “teoría sociológica” y una única “metodología”, que son los de la sociología científica definida en términos muy estrechos, que apunta más hacia los problemas del crecimiento de la sociología que a los del desarrollo de la sociedad.

El problema es entonces: ¿Cómo formar sociólogos capaces de identificar problemas y de formular políticas? ¿Cualquier tipo de formación sociológica, siendo de buen nivel, es apropiada para moverse en el terreno de las políticas? Mi respuesta a esta última pregunta ya ha sido dada y es decididamente negativa.¹⁴

7. LAS DIFICULTADES DEL SOCIOLOGO ANALÍTICO EN LA FORMULACIÓN DE POLÍTICAS

Un sociólogo formado en la línea de lo que se ha llamado la “sociología pura o analítica” y entrenado con una metodología centrada fundamentalmente en las técnicas de la encuesta por muestreo, no puede ser un profesional apropiado para decidir sobre políticas y, menos aún, uno de los “líderes potenciales” o de los “gestores del desarrollo y del cambio social”. Si finalmente logra hacerlo será a pesar de la formación que ha recibido. Porque un sociólogo analítico puede llegar a ser un buen científico, pero su formación no le permitirá moverse fácilmente en el terreno de la acción. No pocas veces su formación ejercerá una influencia enervante y paralizadora que lo llevará a seguir vías falsas.

Las razones de la inadecuación de esta formación analítica son variadas. Primero, porque un pensamiento analítico carece de la capacidad integradora que requiere la acción. La habilidad para clasificar y segmentar problemas no puede ser la finalidad última del conocimiento sociológico cuando el objeto es la acción; apenas puede ser su punto de partida. Es necesario llegar rápidamente a formulaciones sintéticas, que son las únicas aptas para orientar fórmulas de acción.

Segundo, porque los problemas con que trabaja el sociólogo analítico tienen una escasa congruencia con los problemas reales, que son materia de las políticas. En efecto, el sociólogo analítico segmenta abstracta-

mente los problemas reales hasta llegar a sus problemas de investigación, que se vuelven así problemas ideales.

Una tercera dificultad del sociólogo analítico es que vive generalmente preocupado por definir una problemática específica para la sociología, que sea una especie de campo propio sobre el que ejercer una especie de monopolio incontestado. Esta actitud tiene varias consecuencias negativas. En lo que concierne a las políticas, introduce una fuerte rigidez en las relaciones entre sociólogos y no sociólogos, pues limita el campo común de trabajo y las posibilidades de comunicación. Las disputas destinadas a fijar los límites de las disciplinas se vuelven unos arduos conflictos bizantinos. La formulación de políticas es en lo esencial un problema interdisciplinario y podrá ser encarado sólo por aquellos que sean capaces de trabajar al nivel del bosque y no de los árboles.

Otra consecuencia de aquella actitud de búsqueda de un objeto intelectual específico para la sociología es la de derivar continuamente hacia problemas muy sofisticados, cada vez más alejados de la realidad inmediata. El ideal de una ciencia libre de valores ha sido uno de los principales impulsores de este alejamiento de la realidad, ideal que fue propugnado por Max Weber bajo condiciones muy distintas a las existentes en la actualidad en las universidades latinoamericanas.¹⁵ Porque el desplazamiento hacia los problemas reales plantea al menos dos exigencias importantes. La primera, es la ya comentada del enfoque interdisciplinario. Un problema real de cierta envergadura, como podría ser el de la urbanización, para ser comprendido en su globalidad requiere la contribución de sociólogos pero también de economistas, demógrafos, cientistas políticos, antropólogos, historiadores, etcétera. Es cierto que cada uno de estos especialistas pueden atacar el problema por su cuenta y ofrecer una contribución cognitiva independiente de los demás. Y así será posible tener una serie de estudios aislados que asumen el problema de la urbanización desde las diversas perspectivas, esto es, se podrá obtener una “sociología de la urbanización” una “economía de la urbanización”, etcétera. Sin embargo, cuando se trate de actuar sobre un proceso de urbanización concreto será imprescindible integrar de algún modo las distintas perspectivas especializadas, y para ello el primer paso será necesariamente alguna forma de pensamiento sintético sobre el conjunto del problema. Una de las falacias habituales, en sociología y en otras ciencias sociales, es la de la relevancia de la perspectiva parcial para predecir el comportamiento del conjunto. Cuando se incurre en ella se supone que el pasaje de la perspectiva parcial a la perspectiva del conjunto es apenas un problema de acumulación. El error consiste en que si bien hay efectivamente algo de acumulación, el cambio de niveles es en esencia un cambio de problemas y de estilo de pensamiento.

Karl Mannheim se ocupó extensamente de este problema de manera que no vale la pena repetirlo aquí.¹⁶

La segunda dificultad es que trabajar con problemas reales significa “comprometerse” un poco con ellos. Los que están preocupados por alcanzar una actitud no valorativa tenderán a evitar los problemas que produzcan una emergencia incontrolada de sentimientos y valores. Porque la intensidad de las emociones que experimenta hacia su problema un sociólogo que está trabajando con un tema abstracto tiene que ser inferior a las que tiene otro sociólogo que está estudiando las condiciones de vida en un tugurio. En ninguno de los dos casos es posible estar, por cierto, libre de valores, pero parece obvio que la “saliencia” valorativa sea más inmediata y más fuerte en este último caso.

La evitación de los problemas reales es en gran parte la consecuencia de la búsqueda de la eliminación de la confrontación y de la controversia ideológica en aras de un “purismo” científico. Pero no es sólo el precio que se paga por una neutralidad inasible. Más que eso se trata de una forma *sui-generis* de comprometerse: la evasión ha sido siempre una forma de comprometerse con el *statu-quo*. Esta preocupación neutralista no ha podido impedir que la sociología siga líneas ideológicas, en algunos casos, confesadamente: es así que hay una sociología “marxista” y una sociología “cristiana”. También hay sociologías conservadoras, pero en estos casos su intención es menos manifiesta y hay que desenmascararlas.

8. LA FORMACIÓN DE LOS SOCIÓLOGOS FORMULADORES DE POLÍTICAS

La formación de un sociólogo capaz de decidir sobre políticas requiere por lo tanto de las tres condiciones que se han indicado negativamente en los párrafos anteriores. Primero, estar interiorizado y orientado hacia los problemas de la sociedad y, además, tener una imagen adecuada de ella. De los dos tipos de sociología que se han clasificado al comienzo, el de la sociología “problemática” parece ser el más apropiado. Segundo, tener un enfoque interdisciplinario, esto es, poseer la mentalidad necesaria para entender el punto de vista de otros especialistas y, más aún, para remontarse por encima de la propia perspectiva parcial hacia un enfoque global que incluya no sólo su propia perspectiva sino también la de los otros especialistas. En síntesis, se requiere tener una visión integradora y sintética del problema. Y, tercero, estar dispuesto a comprometerse con los problemas y no hacer ninguna clase de escamoteo para eludir la controversia ideológica, por supuesto, sin descender al nivel de la demagogia ni de la disputa de partido. El terreno de las políticas está penetrado de ideologías y el sociólogo si ha de permanecer y moverse en él tendrá

que tener también su propia ideología: una ideología con sólidos fundamentos racionales, muy integrada con su conocimiento sociológico; una ideología, al fin, que le sirva para definir los ambientes donde deba actuar y para fijar los límites dentro de los que podrá decidir sobre políticas.

La postura academicista de la vieja generación de sociólogos tuvo la consecuencia de ceder el campo de las políticas y de los problemas reales a hombres de partido y de gobierno, a ensayistas y periodistas. Y no fue infrecuente el caso de quienes arguyeron que la sociología era una ciencia formal, que se ocupaba de modelos y problemas ideales y no de la realidad concreta. Este apartamiento produjo el efecto de un empobrecimiento de la controversia ideológica en torno a los grandes problemas de la sociedad. Según este esquema los sociólogos se ocupan preferentemente de hacer la "sociología de la sociología", y en lugar de discutir sobre la sociedad polemizaron sobre los sociólogos.¹⁷

Una generación más reciente ha puesto a la sociología en una posición más proclive a los problemas del desarrollo y se ha estado preocupando de comprobar la utilidad de las teorías y métodos de la sociología desarrollada en un contexto que ha variado profundamente. De una receptividad mecánica de la sociología desarrollada se ha pasado a una receptividad más crítica lo que no significa de ninguna manera el rechazo de la comunicación y de los contactos científicos internacionales que son ahora tan activos como siempre. Pero lo que sí ha desaparecido en gran parte es el deslumbramiento inicial y el sentimiento servil de la sociología desarrollada en los centros principales de los Estados Unidos y de Europa. Las más importantes discrepancias recientes con la sociología norteamericana han procedido de dos vertientes muy conectadas una con otra. La primera es de carácter ideológico: la sociología de los países dependientes no puede tener las mismas orientaciones valorativas que la de las potencias dominantes. Por supuesto, a menos que haya una situación de enmascaramiento y de mistificación que en América Latina está ya en vías de resolverse. La segunda vertiente proviene de un enfoque más realista que caracteriza a las nuevas corrientes sociológicas y que se traduce en una orientación decidida hacia los problemas del desarrollo latinoamericano. Además cabe agregar que se puede advertir en estas nuevas orientaciones la búsqueda continua de una mayor autonomía intelectual, cuyos fundamentos son sustancialmente ideológicos. En efecto, esto se puede constatar en la temática que está predominando en que los problemas del desarrollo nacional, de la dependencia externa, de la explotación, del estancamiento, del poder y las clases sociales, etcétera, han pasado a ocupar un lugar central en los trabajos recientemente concluidos y en las investigaciones en curso.

9. LA “DESIDEOLOGIZACIÓN” SOCIOLÓGICA Y LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

La “desideologización” de la sociología¹⁸ ha jugado un rol negativo en sus posibilidades para asumir los problemas que afrontaban las sociedades latinoamericanas, que eran los que estaban creando la situación de subdesarrollo que se iba haciendo cada vez más consciente. El principal aspecto negativo fue el de una gran confusión en cuanto a los objetivos de los distintos tipos de sociología, lo que se puede considerar como una línea de resistencia ideológica. En algunos centros latinoamericanos de formación de sociólogos se proclamaba, por una parte, que su meta era formar sociólogos para los problemas del desarrollo y del cambio social y, por la otra, los *curriculum*s estaban organizados de manera de proporcionar esencialmente una formación técnico-científica. Currie ha señalado muy bien la existencia de una cierta incompatibilidad entre la orientación formativa hacia la ciencia y la orientación hacia la formulación de políticas. “El empleo de ‘ciencias’ tiende a exaltar ciertos aspectos en nuestros estudios a expensas de otros de igual o mayor importancia. . . en la economía y en la sociología donde la adulación y el enamoramiento con los aspectos de ‘ciencia’ ha dado lugar a un abandono alarmante de asuntos extremadamente importantes para la formulación de políticas.”¹⁹

Este autor parece insistir aquí más que todo en la selección de los problemas, que la orientación científicista habría dejado descuidados. Éste es un punto sobre el cual ya se hizo algún comentario. Pero se puede agregar ahora que no es solamente la selección de problemas lo que aparta a la ciencia de la formulación de políticas sino el tipo de pensamiento predominante en la orientación científica actual de la sociología. Al pasar, parece necesario dejar constancia que las definiciones más en boga de lo que es una sociología científica no resultan harto limitadas. La dependencia de la búsqueda del “referente empírico” ha sido tan fuerte que ha metido a la ciencia social en un “lecho de Procusto” que la ha comprimido y desfigurado. No hay razones de carácter lógico que impidan que la ciencia sociológica adopte, además de la línea analítica que ha venido siguiendo, una orientación integradora. Sobre este punto existe una vieja discusión y no pocas contribuciones significativas a las que me remito en apoyo de mi proposición.

La inadecuación de la investigación sociológica que, en general, se lleva a cabo en América Latina, no es intrínsecamente un producto de la propia investigación científica sino una consecuencia deliberada de la orientación ideológica que ésta ha venido recibiendo. Porque no hay motivos para creer que la investigación científica deba ocuparse por necesidad de problemas ideales cada vez más exóticos y no de los grandes

problemas reales de la sociedad. Como es bien sabido, la elección de problemas es siempre un momento previo al trabajo específicamente científico y sus determinantes tienen fuertes raíces ideológicas.

Sin embargo, hay otros motivos que también contribuyen a apartar la investigación sociológica de los problemas reales. Primero, ya se indicó en este mismo punto cómo una definición limitada de lo que es ciencia en sociología ha llevado a colocar a la teoría en una situación de dependencia respecto a los métodos empíricos de tipo experimental. Porque son las exigencias de la construcción de modelos de laboratorio y de la verificación empírica las que en gran medida decidirán qué problema teórico será utilizado. Y es así que, en general, los problemas teóricos son deliberadamente empequeñecidos para poner sus dimensiones a tono con la prueba que se va a evaluar.

Segundo, la “escala” de los problemas a investigar, aun cuando por excepción se trate de problemas reales, no es adecuada para explicar los procesos globales de cambio social ni tampoco para determinar cuáles son las principales fuerzas sociales que se encuentran en operación. Las diferencias entre un nivel microsociológico y otro macrosociológico son sustancialmente cualitativas y no se salvan mediante extrapolaciones o acumulaciones.

Tercero, las unidades de análisis tienden a ser unidades ideales escogidas más por las necesidades de la teoría y metodología que por su relevancia social. Son categorías despojadas de su carne y de su sangre, que a veces se vuelven entidades casi fantásticas que permiten elaborar modelos y explicaciones elegantes y sofisticadas al precio de su realidad.

Cuarto, un gran número de investigaciones tiene por objeto el conocimiento y la medida de las opiniones y actitudes sociales.²⁰ En cambio, la atención que ha recibido el comportamiento social concreto es menor. Es posible que esto sea porque las técnicas para el estudio de las opiniones y actitudes se han desarrollado más que las necesarias para el estudio del comportamiento, pero esto no elimina de ninguna manera la diferencia sustancial que hay entre ambos problemas. Es frecuente que en las investigaciones sobre opiniones subyazca el supuesto de que la conexión entre opinión y comportamiento es automática, esto es, que de las opiniones se puede inferir directa y certeramente el comportamiento correspondiente. Aunque el comentario parezca un poco obvio, no sobra señalar que la “realidad” del comportamiento es mayor y está mucho más manifiesta que la de las actitudes, porque entre otras cosas el comportamiento es directamente observable mientras que las actitudes no lo son. De manera que como objeto intelectual la aprehensión del comportamiento es más inmediata, en cambio, la de las actitudes y valores sólo puede ser indirecta, lo que hace muy incierta su captación efectiva.

Paradójicamente, la tentativa de evitar las valoraciones en el conocimiento sociológico ha llevado a algunos sociólogos a hacer de los valores sociales más abstractos su principal objeto de estudio. Los motivos de esta elección son sin duda múltiples y acaso no sea ajena a ellos una cierta determinación de raíz ideológica. En efecto, los valores sociales pueden llegar a ser fácilmente “despersonalizados” y por eso se prestan muy bien para dar una falsa ilusión de neutralidad. Una sociología que se ocupa de éstos valores deshumanizados puede pretender ser una ciencia no contaminada ideológicamente.

10. LA SOCIOLOGÍA “ANALÍTICA” Y LA PLANEACIÓN

El problema de la orientación del conocimiento hacia la acción fue resuelto ya —y de una manera positiva— por la economía bajo la presión de las graves circunstancias creadas por la gran crisis de los años 30. La “revolución keynesiana”, por una parte, y el gran progreso experimentado por las técnicas empíricas de la contabilidad nacional, por la otra, rompieron los diques que las corrientes analíticas de la escuela clásica habían opuesto al conocimiento y la acción, las que preconizaban un conocimiento económico circunscrito al análisis de modelos teóricos con poca derivación hacia los problemas reales del control de las coyunturas y del desarrollo económico.

La sociología está recién entrando en su “revolución keynesiana” y la vía por la que está recibiendo las principales presiones se proyecta del lado de las exigencias de la acción. Pero aún queda mucho camino por recorrer. En economía se sabe hoy muy bien qué es lo que puede hacer un economista especializado en análisis económico y cuál es, en cambio, el campo propio de un planeador económico y nadie discute ya si uno y otro hacen ciencia. Sin embargo, en sociología las corrientes analíticas imperan a un punto que no son pocos los que todavía piensan que ésa es la única dirección en que se pueden formar sociólogos que aspiren a lograr un conocimiento válido.

La experiencia que recogen a diario los sociólogos formados dentro de esta línea y que actúan como planeadores, por ejemplo, no confirman ni de cerca este optimismo. En un seminario organizado por la FLACSO, celebrado en Santiago de Chile en diciembre de 1964, con el título de “Sociología y Planificación”, se convocó a varios sociólogos graduados por esa escuela con experiencia recogida en organismos de planeación. Las ponencias y la discusión fueron sumamente ilustrativas, pues pusieron de relieve las dificultades que estos graduados habían experimentado ante unas responsabilidades para las que *no* tenían una preparación

adecuada. Es cierto, y es importante reconocerlo, que la FLACSO nunca tuvo por meta preparar sociólogos para planeación. Pero la experiencia resultó fructífera en la medida en que puso de manifiesto la escasa transferibilidad de una sociología analítica, cuya utilidad para tratar con los problemas de un planeador se mostró muy limitada.

Como cualquier otro especialista en ciencias sociales, el sociólogo que trabaja en planeación tiene que tener bastantes de las condiciones del médico clínico porque como él debe llegar rápidamente a un diagnóstico, esto es, a un juicio sintético formado a base de los pocos o muchos elementos cognitivos que posea. Y resulta imperioso que llegue a este diagnóstico, cualesquiera sean las circunstancias, y aun cuando hacerlo implique usar juicios de valor. Las ventajas del clínico son en este aspecto muy grandes porque su valor de referencia, la salud, goza de una aceptación universal. En cambio, el sociólogo o el economista planeador se mueven en un espacio donde los diversos fines son ideológicamente controversiales y tienen por eso mismo sólo una aceptación limitada. Este problema requiere una destreza especial, que no necesita el clínico, para la existencia de estos fines controversiales no puede ser un obstáculo para diagnosticar ni tampoco para tomar decisiones sobre políticas. Para poder superar este escollo es necesario que el sociólogo se mueva dentro de un campo ideológico bien definido. Una actitud neutra sería paralizadora porque impediría resolver sobre las opciones de fines o convertiría al sociólogo en un técnico y no en un "formulador de políticas". Porque para poder moverse a este nivel es necesario decidir también sobre opciones ideológicas que es necesario compartir hasta un cierto grado. El sociólogo formulador de políticas tiene que tener una orientación ideológica para poder resolver las diferentes encrucijadas que tendrá que atravesar; será necesario, además, que su medio de trabajo sea ideológicamente homogéneo y compatible con sus puntos de vista.

La identificación ideológica que se sugiere no es la de la afiliación a un partido político. Se refiere fundamentalmente a la existencia de unas ideas claras y específicas que hagan posible seguir una línea coherente en medio de las grandes alternativas que una sociedad enfrenta cotidianamente. Porque no hay que olvidar que el diagnóstico es una fórmula de conocimiento, una evaluación de la situación previa a la acción, pero que la supone necesariamente. Cuando en estas circunstancias uno se formula la pregunta: ¿acción para qué?, es cuando entra de lleno la ideología. Ésta es una confrontación que experimenta cotidianamente el formulador de políticas, que no es de ninguna manera una experiencia lateral sino que es esencial para su problema. La pregunta que entonces queda —sobre la que se le han hecho algunas proposiciones exploratorias— es: ¿cómo puede la sociología formar sociólogos orientados y capaces de

actuar en el terreno de las políticas? ¿Debe ser ésta la orientación central en la formación del más alto nivel del sociólogo latinoamericano actual? ²¹

II. ALGUNAS RECOMENDACIONES PARA LA FORMACIÓN DEL SOCIOLOGO ORIENTADO HACIA LAS POLÍTICAS

La respuesta a las preguntas precedentes configura un problema algo distinto del que aquí se ha considerado, que requeriría un tratamiento especial y de alguna extensión. Aquí sólo será posible hacer alguna indicación sobre los contenidos y orientaciones principales de la formación sociológica destinada a la preparación de sociólogos aptos para moverse en el terreno de las políticas.

Primero. La focalización sobre los diversos problemas de la sociología debe estar centrada en el estudio de los procesos dinámicos de cambio. Categorías analíticas como estructura, proceso, institución, grupo, etcétera, frecuentemente estáticas deberán ser recolocadas dentro de una perspectiva más dinámica. Los problemas del cambio social deberán ser sacados del último capítulo y le los manuales de sociología para ser reintegrados al cuerpo de la teoría social, pero no ya como fenómenos de patología o de desviación sino como componentes centrales y normales de todos los procesos sociales.

Segundo. Los problemas del cambio social no deberán ser estudiados sólo como partes de una "teoría general" ni tampoco como problemas de laboratorio. La propia sociedad deberá ser el laboratorio de la sociología y sus problemas más críticos serán los que ocupen las primeras prioridades en la formación sociológica. Los problemas del desarrollo y del estancamiento nacional y regional, la dependencia externa, la estructura de la distribución del ingreso, los efectos sociales y políticos de la inflación, las clases sociales, las estructuras de poder, la educación, las guerrillas, la distribución de la tierra, etcétera, deberían ocupar el centro de la atención para estimular el interés por los problemas reales. Cuando más inmediato e intenso sea un problema social, mayor debería ser el interés en hacer de él un objeto de estudio e investigación.

Tercero. La formación en sociología política deberá ser sustancialmente ampliada introduciendo en los problemas generales la dimensión del poder y la dinámica de las clases sociales.

Cuarto. Será necesario ensanchar todo lo que sea posible los horizontes de la formación en materia de ideologías y tomar en cuenta los aspectos centrales de la controversia ideológica cotidiana. Las ideologías deberán ser por lo tanto materia de estudio en sus aspectos cognitivos y de acción; pero no sólo habrá que estudiar las ideologías *in vitro* sino también

in vivo, es decir, que el examen de las ideologías deberá extenderse hasta sus más recientes experiencias de aplicación.

Quinto. La vinculación con las otras ciencias sociales deberá ser muy estrecha, de manera que la formación del sociólogo deberá incluir una parte más sustancial de conocimiento interdisciplinario que incluya dosis ampliadas de economía, demografía, ciencia política, etcétera. Sin embargo la incorporación de estos conocimientos deberá ser selectiva, pues deberá concentrarse en aquellos aspectos más relacionados con el enfoque más problemático y dinámico que se ha sugerido para la sociología. Por ejemplo, más que el análisis económico interesará la política económica. De la misma manera los problemas de la política demográfica y de la política educacional tendrán que desplazar a los otros aspectos más analíticos y abstractos.

Finalmente. La formación sustantiva no excluye de ninguna manera la necesidad de proporcionar un buen entrenamiento metodológico. Éste es uno de los puntos más delicados pues la confusión, por un lado, y la controversia, por el otro, se presentan con el mayor grado de agudización. En mi opinión, éste es el aspecto en que es mayor el grado de alienación que se ha introducido en la sociología latinoamericana. La utilización de metodologías individualistas para explicar grandes estructuras y procesos colectivos revela no sólo la frecuente inadecuación de las técnicas en uso, sino también de la propia teoría que define los problemas sociológicos. Aquí no será posible hacer sino unas pocas recomendaciones:

La formación metodológica tiene que ampliarse mucho más allá de las metodologías individualistas del entrenamiento en técnicas de la *survey* y en una estadística encaminada casi exclusivamente a elaborar sus datos; será necesario familiarizar al sociólogo con las técnicas de análisis secundarios de fuentes estadísticas, de uso de documentos, de fuentes periodísticas, con el manejo de fuentes históricas, etcétera.

Es necesario ampliar la formación metodológica general incluyendo lógica y filosofía de la ciencia, formalización y construcción de modelos sociológicos, etcétera, para facilitar la emergencia de un pensamiento convergente y sintético.

También será menester una introducción a los modelos sintéticos de acción, sea que se trate de modelos cuantitativos (planeación y programación, simulación) o cualitativos (estrategias de programación, promoción e implementación de planes, etcétera), que debería incorporar las experiencias en el terreno de las políticas de las otras ciencias sociales.

En general, la preparación metodológica debería tener la versatilidad necesaria para que el sociólogo sea capaz de idear metodologías alternativas adecuadas a los problemas y, sobre todo, a los recursos de que dispondrá. En efecto, se trata de lograr un tipo de formación metodológica que haga posible que el sociólogo sea apto tanto para utilizar un computador electrónico de gran velocidad como para resolver sus

problemas de investigación con “lápiz y papel electrónico de gran velocidad” allí donde el computador no exista.

12. CONCLUSIONES

En las líneas procedentes se sugieren tentativamente algunas soluciones de alcance práctico para el problema de la orientación de la formación y entrenamiento de sociólogos en América Latina.

Primero. La formación del sociólogo al nivel de posgrado debería fundamentarse en los problemas sociales reales y orientarse hacia el terreno de las “políticas”, que es el más apropiado para enfrentar los problemas del subdesarrollo. Por otra parte, éste es el que requiere un más alto grado de madurez intelectual.

Segundo. La preparación sociológica al nivel de “las técnicas” debería enfatizarse en las carreras intermedias y en los estudios para el primer grado universitario. Esto no significa otra cosa que señalar dónde parece necesario poner los énfasis pero de ningún modo debe ser visto como una recomendación para eliminar la preparación técnica al nivel graduado y tampoco la teoría sociológica de los primeros años. Se trata simplemente de una estrategia de orientación para la formación profesional, que supone la existencia de dos niveles de profesionalización, a saber, el de “las técnicas” y el de “las políticas” que deberían ser focalizados en este orden sucesivo.

Tercero. La estrategia pedagógica para formar a los sociólogos que vayan a actuar al nivel de las políticas debería estar centrada en lo que se ha llamado una “sociedad de problemas”, esto es, una sociología orientada hacia los problemas concretos del subdesarrollo y sensibilizada por las necesidades de la acción. Por su complejidad es que se sugiere que este tipo de formación sea proporcionada solamente al nivel de posgrado.

Cuarto. La teoría y la metodología sociológica necesarias para la formación de los sociólogos al nivel de las políticas deben ser adecuadas para llegar a diagnósticos y para derivar de ellos fórmulas de acción.

Finalmente. La “desideologización” de la sociología ha terminado apartando la investigación sociológica de los problemas relevantes de la sociedad, y ha escindido aún más la separación entre la orientación científica y la formulación de políticas. Esta escisión es falsa en buena medida y un movimiento convergente tendiente a superarla es imprescindible para la reorientación de la investigación sociológica modificando sus objetos intelectuales y sus estilos de investigación.

¹ Aunque resulte paradójico, cabe señalar que la vigencia de una sociología académica, neutra y aséptica, nunca ha sido tan grande en los Estados Unidos como se nos ha recomendado. Desde la última guerra un número creciente de los más importantes sociólogos y centros de investigación de la materia ha estado prestando asesoramiento a su gobierno en las diversas guerras "frías y calientes" que han llevado a cabo los Estados Unidos, al mismo tiempo que han cooperado en tareas de espionaje político que se han realizado en diferentes partes, entre otras, en América Latina. No obstante, que un cierto número de sociólogos norteamericanos reaccionó con dignidad y rechazó estas formas de cooperación política, sus efectos de contención fueron escasos. Y, sin embargo, el modelo de la "sociología de laboratorio" no ha dejado de ser preconizado enfáticamente para ser seguido en nuestros centros de investigación. Y resulta aún más sorprendente que esta recomendación sea formulada en los mismos momentos en que llevan a cabo decenas de investigaciones destinadas a explorar nuestros principales problemas políticos y sociales. Para un tratamiento más extenso de este problema puede verse, entre otras fuentes, J. Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967, Apéndice II. G. Selser, *Espionaje en América Latina, el Pentágono y las técnicas sociológicas*, Buenos Aires, Iguazú, 1966; D. Ribeiro, "A Universidade Latino-Americana e o Desenvolvimento Social", en *Revista Civilização-Brasileira*, año I, núm. 3, julio de 1965, pp. 249 y ss., y los trabajos presentados al Seminario sobre Política Cultural Autónoma realizado en Montevideo, en marzo de 1968, publicados en la *Gaceta de la Universidad*, año IX, núm. 43, marzo-abril de 1968.

² G. Germani, *La sociología en la América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, cap. II.

³ CEPAL. *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1963, cap. III y IV y J. Graciarena, *ob. cit.*, caps. II y IV.

⁴ R. Prebish, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963; véase el apéndice: "El falso dilema entre desarrollo económico y la estabilidad monetaria", pp. 125/205; y también C. Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, capítulo IV, p. 213 y ss.

⁵ H. Gerth y C. Wright Mills, *Carácter y estructura social*, Buenos Aires, Paidós, 1963, pp. 242/3.

⁶ L. Currie, *Enseñanza universitaria en los estudios sociales*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1967, p. 15.

⁷ L. Currie, *op. cit.*, p. 19.

⁸ *El Tiempo*, Bogotá, julio 27 de 1967, p. 28 (subrayados míos).

⁹ A. H. Halsey, *Las universidades británicas*, en J. Ben-David y otros, *La Universidad en transformación*, Barcelona, Seix Barral, 1966, pp. 78/81.

¹⁰ Aunque pareciera obvio que la formación sociológica no puede ser confundida con el proceso de elección de ideologías, acaso no sea ocioso hacer alguna reflexión adicional. La formación sociológica debe proporcionar las bases necesarias para una elección más racional de las ideologías, pero, no puede ni debe sustituir al proceso mismo de la elección. Su función principal es la de contribuir a una evaluación crítica, no tanto en términos de los fundamentos axiológicos de las ideologías, como respecto de sus posibilidades de acción. Y, más aún, puede hacer también que aquel que se encuentre ya afiliado a una ideología pueda ser capaz de implementarla con mayor racionalidad. En general, la formación sociológica puede ofrecer varias contribuciones de importancia: primero, puede proporcionar una base amplia de información sobre las alternativas ideológicas en juego y sobre lo que significan en materia de desarrollo; luego, puede ofrecer una base racional para juzgar sobre su viabilidad y eficacia y, también, sobre la validez de las críticas de que ha sido objeto; finalmente, puede sugerir las vías más adecuadas para la implementación de una ideología.

¹¹ L. Currie, *ob. cit.*, pp. 20 y 36; cf. el siguiente párrafo: "Un planificador a escala nacional no sólo debe preocuparse y estar familiarizado con las herramientas de análisis, sino igualmente con los valores o normas, con las complejas interrelaciones económicas, sociales, políticas, culturales, demográficas y de otros fenómenos, con la selección de alternativas y el establecimiento de prioridades, con el equilibrio de lo ideal frente a lo práctico, y con la evaluación de la factibilidad de medios alternativos, para lograr fines", p. 20 (subrayados míos).

¹² L. Currie, *ob. cit.*, p. 20.

¹³ Las citas precedentes han indicado importantes puntos de acuerdo con Currie en lo que concierne a los fines de la enseñanza de las ciencias sociales en los países subdesarrollados de América Latina, pero en el terreno de los medios, nuestra discrepancia es casi total. Estoy en desacuerdo con su proposición de extender la enseñanza de los "estudios generales" de manera que cubran los primeros años de la enseñanza de las ciencias sociales; postergando de esa manera la enseñanza específicamente sociológica; también estoy en desacuerdo con su negativa a considerar la posibilidad de otorgar grados intermedios en ciencias sociales. Es imposible discutir aquí todos los motivos de estos desacuerdos porque requiere una extensión excesiva para una nota; sin embargo, rastreando en el texto se pueden encontrar algunos de esos motivos.

¹⁴ J. Graciarena, *ob. cit.*, Apéndice I.

¹⁵ Cf. J. Ben-David y A. Sloczower, *Universidades y sistemas académicos en las sociedades modernas*, en J. Ben-David y otros, *ob. cit.*, pp. 33/7. La posición de Max Weber al preconizar una ciencia social libre de valores (*Wertfreiheit*) estuvo fuertemente condicionada por la necesidad de mantener a la universidad apartada de la intromisión de un estado autoritario que ejercía una fuerte influencia sobre ella.

¹⁶ K. Mannheim, *Libertad y planificación social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, parte iv, pp. 147/240, *passim*.

¹⁷ O. Ianni, "Sociología de la Sociología en América Latina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 65/3, noviembre de 1965 y J. Galtung, "Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina", en la misma revista núm. 65/1, marzo de 1965.

¹⁸ La desideologización de la sociología debe entenderse como un proceso por medio del que los determinantes ideológicos se vuelven no explícitos. Lo cual no significa que la sociología deje de estar ideológicamente condicionada sino que la justificación explícita y la legitimación por medio de la ideología son sistemáticamente ocultadas. Esta sociología "no ideológica" fue el resultado de un acuerdo tácito por el que se trató de evitar todo lo que tuviera que ver con ideologías, aun los orígenes ideológicos de la sociología tendieron a ser ignorados, y cuando algún problema parecía estar contaminado ideológicamente fue regularmente dejado de lado. Los problemas ideológicos sólo interesaban a la sociología del conocimiento, bien poco cultivada por cierto. De esta manera se erigió una sociología académica e inflada, apta para ser lucida en los salones. La prueba de esto es que los problemas del desarrollo no fueron nunca considerados sino de una manera general y dentro del contexto de la filosofía del progreso. El hecho que la sociología del desarrollo fuera como tantas otras cosas un producto de la importación revela hasta qué punto alcanzó el proceso de insensibilización y alienación hacia los angustiantes problemas del desarrollo nacional.

¹⁹ L. Currie, *ob. cit.*, p. 28.

²⁰ No está de más señalar que, con frecuencia, investigaciones que manifiestamente declaran referirse a las actitudes en realidad no tratan sino con el plano mucho más superficial de las opiniones verbales.

²¹ Las alternativas para la formación superior del sociólogo, que se han estado manejando en las líneas precedentes, en lo esencial son dos y en cuanto tipos de profesionalización se encuentran bastante contrastadas en la realidad. Por una parte, se encuentra el sociólogo orientado exclusivamente hacia la investigación científica concebida en los términos habituales que ya fueron descritos precedentemente. Por

la otra, se encuentra el sociólogo orientado hacia la acción, es decir, hacia el terreno de las políticas. Ambos tipos de sociólogos son indudablemente necesarios para el desarrollo de una sociología de buen nivel pero considero que hay razones de urgencia y presiones que hacen que la cuota de este último tipo de sociólogo deba ser mayor que la del dedicado a la investigación científica pura. Estas presiones vienen de dos lados; del lado de los estudiantes que no quieren una formación exclusivamente cientificista y, también, del lado del mercado profesional donde el sociólogo es frecuentemente requerido para tareas que desbordan los límites de su preparación formal. Pienso además que hay dos razones de cierta envergadura que hacen aconsejable que el sociólogo orientado hacia las políticas sea formado en escuelas latinoamericanas. La primera es la proximidad con los problemas y la posibilidad de poder conocerlos y tratarlos directamente. La segunda tiene que ver con la posibilidad de adquirir una óptica latinoamericana que sirva para reforzar (o, en su caso, para crear) los vínculos emocionales del sociólogo con los problemas del desarrollo nacional y regional.